



Por Abelardo Oquendo

Los libros

El ministro de Economía ha ofrecido una partida en el próximo Presupuesto destinada a terminar la construcción de la Biblioteca Nacional. Ha habido palmas para Javier Silva Ruete, procedentes, pues no es un político que suela mentir.

Pero en tanto que parece seguro que la Biblioteca Nacional tendrá, por fin, un local apropiado, la expectativa de la ley del libro se esfuma. Tal vez

esto sea mal pensar: el dinero para la Biblioteca tiene toda la cara de un esfuerzo de Silva Ruete por no aparecer como un enemigo de los libros, cosa que ciertamente no es. No era, habría que decir si la Biblioteca no se construyere, pues no compensar la oposición a los incentivos tributarios (sin los que la ley del libro perdería toda eficacia) con una realización importante en favor de la letra impresa

sería ganarse un baldón.

Así, la buena noticia sobre la Biblioteca Nacional traería en su envés una mala noticia: la ley del libro no pasará. El rechazo no debe adjudicarse a indiferencia por la cultura —si se mira indulgentemente— sino a la necesidad de la actual administración de restringir al máximo las excepciones en el ámbito tributario para evitar que las demandas de exoneración proliferen.

Las tablas

Con la obra teatral de Fernando Ampuero que se viene anunciando serían tres las llevadas a escena este año por escritores que han ganado prestigio en otros géneros literarios.

El primero en estrenarse como autor teatral este 2002 fue el narrador Alonso Cueto. Casi simultáneamente Giovanna Pollarolo hizo también sus primeras armas en la dramaturgia. Ambos ingresaron al

teatro con piezas bien logradas y bien puestas.

La dramaturgia peruana vive un tiempo de florecimiento que esta incursión de creadores de otras áreas refuerza. No se trata de nada insólito: un buen número de escritores nuestros identificados con la narración o con la poesía han alternado esos géneros con la escritura para las tablas. Es bueno que esta tradición se mantenga.